

HONORÉ
DE BALZAC

**LA OBRA MAESTRA
DESCONOCIDA**

EDICIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS
JUAN BARJA & PATXI LANCEROS

JOAQUÍN GALLEGO EDITOR	PUNTO DE VISTA EDITORES
------------------------------	-------------------------------

© Juan Barja & Patxi Lanceros, 2026
del epílogo y la traducción

© Joaquín Gallego Editor, 2026
FESTINA LENTE EDICIONES, SLU

diseño: Joaquín Gallego

corrección: Luis Porras Vila

ISBN: 979-13-87624-53-8

D.L.: M-4216-2026

Publicado por Joaquín Gallego Editor
Punto de Vista Editores
www.puntodevistaeditores.com

I Gillette	9
II Catherine Lescault	31
Notas	44
Epílogo	57
Bibliografía	62

A un Lord

.....
.....
.....

1845

I
Gillette

A finales de 1612, en una fría mañana de diciembre, un joven con vestido muy ligero se estaba paseando ante la puerta de una de las casas de la rue des Grands-Augustins de París¹. Tras andar largo rato por la calle, indeciso como el enamorado que no osa subir al domicilio de su primera amante, por más fácil que sea, acabó finalmente por franquear el umbral de dicha puerta y preguntó si el maestro François Porbus² se encontraba en la casa. Tras recibir la respuesta afirmativa de una vieja ocupada en ir barriendo el amplio espacio de la planta baja, el joven fue subiendo lentamente uno tras otro los anchos escalones, deteniéndose en ellos muchas veces, como hace el cortesano aún inexperto, inquieto como se halla por cuál sea la real acogida. Al llegar a lo alto de la empinada escalera de caracol, permaneció un momento en el rellano, todavía inseguro de si debía empuñar el grotesco aldabón que adornaba la puerta del taller donde trabajaba el pintor de Enrique IV, que había sido sustituido por Rubens por decisión de María de Medicis, pues el joven se sentía bajo el peso de la siempre honda sensación que debe hacer vibrar el corazón de los grandes artistas cuando, estando en plena juventud y entregados a su amor al arte, se encuentran a punto de abordar a un hombre de genio o contemplar una obra maestra. Pues existe, en todos los sentimientos humanos, una flor primitiva, engendrada por un noble entusiasmo que

se suele ir debilitando, hasta que aquel estado de felicidad ya no sea otra cosa que un recuerdo, y la gloria una simple mentira. En lo frágil de esas emociones, nada es al amor tan semejante como la pasión de un joven artista que se encuentra al inicio del delicioso suplicio de su destino de gloria y de dolor, pasión plena de audacia y timidez, vagas creencias, seguras decepciones. Al que andando ligero de dinero y siendo un adolescente de talento no le palpite vivamente el corazón cuando va a presentarse ante un maestro, siempre le faltará como una cuerda esencial de ese órgano, no sé decir qué toque de pincel, un sentimiento propio de la obra, una cierta expresión de poesía. Si algunos fanfarrones, de esos tan pagados de sí mismos, creen excesivamente pronto en lo que les depara el porvenir, no son gente de espíritu sino para los tontos e ignorantes. Pero, en este respecto, el joven desconocido parecía poseedor de un mérito auténtico, si el talento es susceptible de medirse en razón a esa temprana timidez, a ese pudor indefinible que los elegidos por la gloria saben perder en el ejercicio de su arte, como pierden el suyo las más bellas mujeres en los ardides de la coquetería. La costumbre adquirida del triunfo adelgaza las dudas, y el pudor es quizá una duda de esas.

Acongojado pues por su miseria y atacado, al contrario, del momento de orgullosa jactancia, aquel pobre neófito no habría llegado a entrar donde el pintor al que debemos el admirable retrato del rey Enrique IV sin que se diera el auxilio extraordinario que le envió el azar. Un viejo venía subiendo la escalera. Por lo extravagante de su atuendo, la magnificencia de su goli-lla de encaje y la prepotente seguridad de su marcha, el joven adivinó en el personaje al protector del pintor o algún amigo. Se hizo a un lado pues en el rellano con objeto de dejarle sitio y lo examinó curiosamente, esperando encontrar en él el buen natural propio de un artista o el servicial carácter de las gentes que aman las artes; pero lo que vio al fin en su rostro fue ese algo diabólico y, sobre todo, ese *no sé qué* que les es delicioso a los artistas. Imaginaos una frente calva, prominente, abombada, cayendo en voladizo sobre una aplastada naricilla respingona en la punta, como la de Rabelais o la de Sócrates; una boca arrugada y reidora, un mentón más bien corto pero orgullosamente levantado con una barba gris tallada en punta, unos ojos verdes como el mar ya un poco empañados por la edad, pero en los cuales el contraste

del nacarado blanco en el que flotaba la pupila debía lanzar a veces destellos magnéticos en los momentos de cólera o entusiasmo. Por lo demás, el rostro se veía especialmente marchito a efectos de las fatigas de la edad, y más aún por esos pensamientos que por igual socavan el alma y el cuerpo. Los ojos carecían de pestañas, y apenas se veía sobre ellos unos restos de cejas sobre los prominentes arcos oculares. Colocad ahora esa cabeza sobre un cuerpo débil, delicado, y rodeadla toda de un encaje de deslumbrante blancura, trabajado como una redecilla de pesca; poned sobre el negro jubón del anciano una pesada cadena de oro y tendréis la imagen imperfecta de aquel personaje al que la débil luz de la escalera añadía un color fantasmagórico³. Habríais pensado de inmediato en una tela de Rembrandt caminando en silencio sin su marco en la negra atmósfera que hizo suya aquel gran pintor⁴. El viejo arrojó entonces sobre el joven una aguda mirada, impregnada de sagacidad, golpeó tres veces en la puerta y dijo al avejentado cuarentón que vino a abrirla: —¡Buenos días, maestro!

Porbus se inclinó respetuoso, dejando entrar al joven al creer que acompañaba al viejo, y se despreocupó de él por completo viendo que el neófito se quedaba presa del encanto que deben normalmente experimentar los pintores de raza ante el aspecto del primer taller que ven, y en el cual se desvelan algunos de los procedimientos materiales del arte. Una claraboya abierta en la bóveda iluminaba el taller del maestro Porbus. Concentrado este en una tela asegurada sobre el caballete en la que por ahora aparecían solo tres o cuatro trazos blancos, la luz aún no alcanzaba a iluminar hasta el fondo los negros ángulos de la vasta pieza, pero algunos reflejos muy dispersos que encendían en la rojiza sombra una laminilla plateada fijada en el vientre de una abombada coraza de soldado suspendida del muro rayaban con un brusco y pronunciado surco de luz la cornisa esculpida y encerada de un viejo aparador cargado con las vajillas más curiosas, salpicando de puntos llameantes la granosa trama de algunos viejos cortinajes de brocado dorado, con grandes pliegues rotos, desgarrados, arrumbados allí como modelos. Vaciados de yeso, torsos y fragmentos de diosas antiguas amorosamente pulidos por efecto de los besos de los siglos llenaban los estantes y consolas. Cantidad innumerable de bocetos y abundantes estudios de color a lápiz,

con plumilla o a sanguina cubrían las paredes hasta el techo. Las numerosas cajas de pintura, las botellas de óleos y de esencias y los caídos y viejos escabeles no dejaban sino un camino estrecho para alcanzar a situarse bajo la aureola proyectada por la elevada claraboya, cuyos rayos caían como a plomo sobre la pálida figura de Porbus así como sobre el cráneo marfileño de aquel hombre tan raro y singular. Mas la atención del joven pronto quedó absorbida por un cuadro que, en aquellos días de trastornos y revoluciones, ya se había hecho célebre, y que acostumbraban visitar algunos de esos tercios exaltados a los cuales se debe el mantenimiento de la llama del fuego sagrado cuando predominan malos tiempos. La bella escena en efecto representaba a una María Egipciaca disponiéndose a pagar el pasaje de la embarcación⁵. Esta obra maestra, que había estado destinada a María de Medicis, fue vendida por ella en sus días de necesidad.

—Me gusta tu santa, dijo a Porbus el viejo, y te pagaría diez escudos de oro por encima del precio que ofrece la reina, pero ¿enfrentarme a ella?..., ¡al diablo!

—¿Os parece buena?

—¿Buena?, dijo el viejo... Sí y no. La mujer está bien apañada, pero no tiene vida⁶. Vosotros os pensáis que está hecho todo cuando dibujáis correctamente alguna figura, poniendo cada cosa, según las leyes de la anatomía, en su lugar. Coloreáis después aquellas líneas con un color carne previamente combinado en vuestra paleta, y teniendo incluso buen cuidado de que un lado sea más oscuro que el otro... Y, como miráis de vez en cuando a una mujer desnuda que se sostiene encima de una mesa, os creéis que con eso ya habéis copiado la naturaleza, imaginando así que sois pintores y os habéis apropiado el secreto de Dios... Pero no basta para ser un gran poeta conocer a fondo la sintaxis y no cometer ninguna falta. Porbus, ¡mira tu santa! A primera vista parece admirable, pero al echarle de nuevo el ojo encima se ve que está pegada sobre lo que es el fondo de la tela, y que no se puede ir girando en torno a su cuerpo. Se trata de una simple silueta de una sola cara, una mera apariencia recortada, una imagen que nunca podrá volverse y cambiar de posición. No

siento que haya aire entre este brazo y el fondo del cuadro; ahí falta espacio y profundidad; cierto que todo está bien en perspectiva y el degradado aéreo aparece justamente observado; mas, pese a esos esfuerzos, que sin duda son dignos de alabanza, no podría creer que el bello cuerpo se encuentre animado por un soplo de vida. En verdad me parece que, si pusiera la mano en ese pecho de redondez tan firme, lo encontraría frío como el mármol. No, amigo, la sangre no corre por debajo de esa piel de marfil; la existencia no hincha con rocío de púrpura las venas y venillas enlazadas formando red bajo la ambarina transparencia de las sienes y el pecho. Ese lugar palpita, pero, en cambio, ese otro se halla inmóvil; vida y muerte luchan en cada detalle. Aquí es ciertamente una mujer, ¡pero allí es una estatua, más allá es un cadáver...! Tu creación por tanto es incompleta. No has podido insuflarle sino solo una porción de alma a tu amada obra. La antorcha de Prometeo se apagó más de una vez en tus manos, y muchos de los lugares de tu cuadro no han sido tocados por la llama celeste⁷.

—Pero ¿por qué, maestro?, dijo Porbus al viejo con respeto. mientras el joven apenas reprimía el intenso deseo de golpearlo.

—¡Aquí tienes!, dijo el viejecillo. Has flotado indeciso entre los dos sistemas, entre el dibujo y el color, entre lo que es la flema minuciosa, la rigidez exacta de los viejos maestros alemanes, y el ardor deslumbrante, la feliz abundancia propia de los pintores italianos. Has querido imitar a la vez a Franz Holbein y a Tiziano, a Durero y al Veronese. ¡Sin duda, una magnífica ambición! Pero ¿qué has conseguido? Al fin, no has logrado ni el severo encanto de la sequedad ni las magias engañosas del claroscuro. Así, en este punto, como un bronce en fusión que quiebra el molde si este es demasiado débil, el rico y blondo color que emplea Tiziano, aplicado por ti, ha hecho estallar el fino contorno de Durero. Por el contrario, en otros lugares, la traza ha resistido y contenido los magníficos desbordamientos propios de la pintura veneciana. Pero así tu figura no está perfectamente dibujada ni pintada con toda perfección, mostrando en todas partes tu errónea y desgraciada indecisión. Si no te sentías lo bastante fuerte para fundir reunidas, al fuego de tu genio, las dos maneras rivales, era preciso optar con claridad, decididamente, entre una y

otra, a fin de obtener esa unidad que presenta y simula una de las condiciones de la vida. Tu obra tiene verdad solo en el centro, pero tus contornos son bien falsos, no se envuelven y nada nos prometen que exista por detrás. Hay verdad aquí, señaló el viejo apuntando al pecho de la santa. Y también aquí, continuó, indicando el punto en donde el hombro terminaba. Pero ahí, añadió volviendo al busto, en la parte del centro todo es falso. No analicemos nada, no lograríamos sino desesperarte.

El viejo se sentó en un escabel, se cogió la cabeza entre las manos y así, finalmente, enmudeció.

—Maestro, dijo Porbus, estudié mucho el desnudo de ese pecho; pero es verdad que, por desgracia, en la naturaleza hay efectos verdaderos que no son convincentes en la tela...

—La misión del arte no es copiar la naturaleza, ¡es expresarla! No eres un vil copista, ¡eres poeta!, exclamó el anciano vivamente interrumpiendo a Porbus con un gesto despótico. Si no fuera así, el escultor podría ahorrarse todo su trabajo sacando un molde de una mujer... ¡Y bien!, intenta modelar la mano de tu amante y, después, disponla frente a ti; te encontrarás tan solo un horrible cadáver sin la menor similitud o parecido, y te verás forzado a recurrir al cincel del hombre, que, sin copiarla en todo exactamente, figurará el movimiento de la vida. Lo que tenemos que captar es el espíritu, el alma, la fisonomía propia de las cosas y los seres. ¡Los efectos, oye, los efectos, no son vida sino accidentes de la vida! Una mano, ya que he escogido ese ejemplo, una mano no solo es parte del cuerpo, sino que expresa y continúa un pensamiento que es preciso captar para plasmarlo. Ni el pintor ni el poeta ni el escultor deben separar efecto y causa, que invenciblemente están uno en la otra. ¡Ahí tenemos la lucha verdadera! Muchos pintores triunfan de modo instintivo sin conocer ese tema de su arte. ¡Dibujáis una mujer, mas no la veis! No es así como se consigue forzar el arcano de la naturaleza. Vuestra mano meramente reproduce, sin que vosotros lo sepáis siquiera, el modelo copiado en el taller de quien fue vuestro maestro. Y jamás descendéis lo suficiente a la intimidad de la forma, no la perseguís como es preciso, con amor y

perseverancia, en sus huidas y rodeos. La belleza es cosa severa y difícil que no se deja atrapar de cualquier modo; hay que esperar sus horas, espiarla, acosarla y abrazarla estrechamente para, finalmente, forzarla a rendirse. La Forma es un Proteo mucho más fértil y difícil de cazar en sus transformaciones y repliegues que el propio Proteo de la fábula, y solo tras violentos y largos combates se la puede obligar a que se muestre bajo el que es su aspecto verdadero. Vosotros os contentáis con alcanzar la primera apariencia que os entrega, o algunos la segunda o la tercera. ¡No es así cómo hacen nunca los victoriosos luchadores!... Los pintores que, nunca vencidos, no se dejan engañar por todas esas falsas perspectivas, perseveran hasta que consiguen que la naturaleza se vea reducida a mostrarse desnuda enteramente y en el que es su verdadero espíritu. Así ha procedido Rafael, dijo el viejo quitándose la gorra de negro terciopelo, para expresar así el gran respeto que le inspiraba este rey del arte; su superioridad, continuó, procede de ese íntimo sentido con que parece querer romper la Forma. Pues la Forma es en sus figuras eso mismo que es, entre nosotros, un intérprete para comunicarse las ideas, las sensaciones, la vasta poesía. Toda figura es, sin duda, un mundo, un retrato cuyo modelo apareció al interior de una visión sublime, teñida por la luz y designada por una voz interna, desnudada por un celeste dedo que ha sabido mostrar en el pasado de una vida sus formas de expresión. Les hacéis a vuestras mujeres bellos trajes de carne y bellas draperías de cabellos, pero, dime, ¿dónde está la sangre que engendra la calma o la pasión causando los efectos de detalle? Tu santa es una mujer morena, pobre Porbus, pero esto es de una rubia. Vuestras figuras no son otra cosa que pálidos fantasmas coloreados que nos paseáis ante los ojos. ¡Y eso lo llamáis arte y pintura! Porque habéis hecho algo que se parece a una mujer más que a una casa creéis haber alcanzado el objetivo, y, felices de no veros obligados a escribir junto a vuestras figuras *currus venustus*⁸ o *pulcher homo*⁹, tal como lo hacían los primeros pintores, imagináis ser artistas excelentes. ¡Ja, ja, ja! No, aún no habéis llegado, aún no, valientes compañeros. Aún tendréis que gastar cientos de lápices y cubrir muchos lienzos antes de llegar. Claro que una mujer puede llevar la cabeza alzada de ese modo, sujetar también así su falda mientras sus ojos languidecen y se funden justo con ese aire de resignada dulzura y la sombra palpitante de sus pestañas flota así sobre sus mejillas... ¡Es eso y no es eso!

¿Qué falta? Casi nada, pero esa nada es todo¹⁰. Ahí tenéis la apariencia de la vida, mas sin expresar su plenitud, la abundancia que de ella se desborda, el no sé qué que debe ser el alma y que entre nubes flota en su envoltura; o, en fin, esa flor de vida que atraparon Tiziano y Rafael. Partiendo quizá del punto extremo al que habéis alcanzado quizá se harían pinturas excelentes, pero en seguida estáis cansados... El vulgo os admira, y el experto auténtico sonríe. ¡Oh, Mabuse¹¹, oh, maestro!, continuó el extraño personaje, eres un auténtico ladrón, ¡has logrado llevarte contigo la vida! Por lo demás, siguió diciendo el viejo, esta tela es mucho más valiosa que las pinturas del rufián de Rubens con sus montañas de carnes flamencas salpimentadas con el bermellón, sus ondulantes melenas pelirrojas y su alboroto de colores. Por lo menos aquí habéis logrado dar color, dibujo y sentimiento, que son las tres partes esenciales del Arte¹².

—Caballero, ¡esta santa es del todo sublime!, exclamó el joven en voz alta, como saliendo de un profundo ensueño. Precisamente estas dos figuras, la de la santa y la del batelero tienen una finura de intención que ignoran los pintores italianos; no conozco uno solo que pudiese idear de esa manera la indecisión del batelero...

—Este jovencito, ¿os acompaña?, preguntó Porbus entonces al anciano.

—¡Ay, maestro!, perdonad mi atrevimiento, respondió ruborizándose el neófito. No soy más que un desconocido, un emborronador sin formación que acaba de llegar a esta ciudad, fuente de todo arte y toda ciencia.

—¡Vamos a verlo!, le increpó Porbus presentándole un lápiz rojo y una hoja de papel en blanco.

Rápidamente, el desconocido copió a mano alzada la María.

—¡Oh, oh!, exclamó el viejo, ¿vuestro nombre?

Nicolas Poussin¹³, escribió entonces bajo el dibujo el desconocido.

— ¡Nada mal para ser un principiante!, dijo aquel personaje singular que discutía de forma tan extraña. Veo bien que se puede hablar de pintura en tu presencia; no te reprocho admirar la santa de Porbus. Es, para todo el mundo, una obra maestra, y los iniciados en los más profundos secretos del arte son los únicos que pueden descubrir de qué peca la santa¹⁴. Pero, como eres digno de recibir la lección, y sin duda capaz de comprenderla, voy a hacerte ver qué poca cosa sería realmente necesaria para lograr completar la obra. Atiéndeme y abre bien los ojos, que una ocasión así para instruirte quizá nunca se te vuelva a presentar. Porbus, ¿me pasas tu paleta?

Porbus se fue entonces a buscar paleta y pinceles mientras el viejecillo se arremangaba con un brusco movimiento convulsivo. Pasó el pulgar a través de la paleta esmaltada y cargada de tonos que Porbus le tendía; le arrancó de las manos, más que cogerlo, un puñado de brochas de todas las dimensiones y tamaños, y su barba, recortada en punta, se agitó de pronto con el esfuerzo amenazante que expresaba el ardor de una amorosa fantasía. Mientras cargaba el pincel con el color, refunfuñaba entre dientes: — Menudos tonos estos, que habría que tirar por la ventana juntamente con quien los compuso; son de una crudeza y falsedad repugnantes. ¿Cómo pintar con esto? Luego empapaba con febril vivacidad la punta de la brocha en los distintos montoncillos de colores recorriendo toda la gama algunas veces, con mayor rapidez que un organista de la catedral recorre la extensión de su teclado interpretando el *O Filii* en pascuas.

Porbus y Poussin se mantenían inmóviles en cambio, cada uno a un lado de la tela, sumidos en la contemplación más vehemente¹⁵.

— ¿Ves, muchacho, dijo el viejo sin volverse, cómo gracias a tres o cuatro pinceladas y un poco de azul muy rebajado se puede hacer que circule el aire tras la cabeza de esta pobre santa, que debía sin duda estarse ahogando, como atrapada en esa espesa atmósfera? Mira en cambio toda esta drapería, cómo ya ondula y cómo se comprende que la brisa es lo que la levanta. Antes parecía una pesada tela débilmente sujeta con alfileres... ¿Y notas cómo el luciente satinado que acabo de posar ahora mismo en su pecho reproduce